

§ XXXII.

*Plenitud de los tiempos.*

La influencia de los Fariseos habia hecho reinar entre los judíos, con una apariencia de justicia legal, el fanatismo y la impureza. En general comprendian la religion como una cosa exterior. La influencia menos activa de los Saduceos habia dado por resultado la duda y las turbaciones del alma, y en medio de estas agitaciones religiosas, agravadas por el yugo de los romanos, se hacian sentir en todos los corazones el deseo y la esperanza de un mejoramiento exterior é interior. Pero cuanto mas atribulada se veia la fe de los judíos, mas inclinados se sentian éstos á interpretar las gloriosas promesas del Mesías, segun sus deseos terrestres y sus opiniones mundanas. Esperaban un guerrero fuerte y poderoso, conquistador y dominador de la tierra. Solo un corto número de entre ellos, representados por los esclarecidos personajes del Nuevo Testamento, *Zacarias, Elisabet, Simeon, Ana, Maria*, etc.<sup>1</sup>, esperaban en un Mesías, libertador del pecado y del error. Precisamente al fin del período á que hemos llegado, apoyándose los judíos en la última profecía de Daniel, relativa á las setenta semanas de años (490 años)<sup>2</sup>; aguardaban al Mesías prometido con una impaciencia redoblada cada dia por la tiranía de los sucesores de Herodes y de los gobernadores romanos, siéndoles sobre todo odioso el yugo de Roma. Tenian tan grande esperanza de verse libres de él, y lo decian tan sin rebozo, que los Paganos y principalmente los romanos lo supieron, y lo extrañaron tanto menos cuanto ellos mismos, gimiendo bajo la nueva tiranía de los Emperadores, y habiendo perdido toda creencia religiosa, desdeñaban el culto de sus padres, y deseaban ardientemente un libertador que pusiese término á su incertidumbre, curase sus llagas, calmase sus angustias, y les inspirase viva confianza en Dios<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Luc. I-II.

<sup>2</sup> Dan. IX, 24.

<sup>3</sup> I Petr. II, 25.

De modo que por todas partes se esperaba al *Deseado de las naciones*, como lo habia predicho el Profeta, y como nos lo recuerda todos los años la Iglesia, al entonar durante el Adviento el antiguo himno: *Rorate, coeli, desuper, et nubes pluant Justum!* Jamás el Verbo eterno habia dejado de obrar en el mundo y de derramar su luz y su vida sobre la humanidad degenerada; pero el mundo no lo habia comprendido<sup>1</sup>, y los suyos, los judíos y los Paganos, no lo habian recibido, ni habian llevado aun frutos de vida.

Entonces fue cuando el Hijo de Dios dejó las mansiones eternas de su Padre, y se hizo hombre, para vivificar, reconciliar, libertar, ilustrar y santificar á los hombres, y conducirlo todo á su fin eterno por medio de su gracia y su verdad<sup>2</sup>. «Jesucristo, dice san Agustín, apareció á los hombres en medio de un mundo viejo y agonizante, para vivificar y rejuvenecer todo lo que en torno de ellos se hallaba místico y caído.» «Sobre todas las estrellas, exclama en un piadoso y profundo entusiasmo san Ignacio de Antioquía, saludando la venida del Hombre-Dios, sobre todas las estrellas del cielo brillaba una estrella de inefable luz y de maravillosa pureza, y en torno suyo formaban esplendente coro todos los astros del firmamento, y el sol y la luna, recibiendo todos de esta estrella única y misteriosa la claridad y la luz. Y cuando apareció el Señor bajo forma humana para dar vida á todo lo que sin ella perecia, fue abolida toda magia, rotas las cadenas del pecado, la ignorancia disipada, y arruinado el imperio del mal<sup>3</sup>.» «Habia llegado la plenitud de los tiempos<sup>4</sup>, y Dios enviaba su Hijo para rescatar á los que se hallaban bajo la ley y hacerlos sus hijos de adopcion.» Aquel era el momento mas favorable para fundar y establecer la influencia universal del Cristianismo. Jamás se habia deseado tanto una religion en espíritu y verdad, ni nunca el mundo se habia encontrado mejor preparado para ella; iba desapareciendo y borrándose la encarnizada oposicion entre judíos y Paganos, y se iba refundiendo en el universal sentimiento de la desolacion interior y de la opresion ex-

<sup>1</sup> Juan, I, 5, 9, 10, 11.

<sup>2</sup> Juan, I, 12-14.

<sup>3</sup> Ep. ad Ephes. XIX.

<sup>4</sup> Gal. IV, 4; Rom. V, 6; Ephes. I, 10; Tit. I, 3. — Cf. Hug. Introduc. al Nuevo Testamento, 3.<sup>a</sup> edicion, 2.<sup>a</sup> parte, p. 30.

terna. El estado político de la mayor parte de los pueblos civilizados los había maravillosamente preparado para la saludable acción del Cristianismo. Roma extendía á la sazón su imperio sobre casi todo el mundo antiguo conocido: en el Occidente de este inmenso imperio predominaban la lengua y las costumbres de Roma, y en el Oriente las conquistas de Alejandro habían hecho triunfar la civilización griega que, en la época de los Emperadores, había extendido su influencia hasta la misma Roma. ¡Cuánto no había de contribuir á facilitar la predicación del Evangelio, el conjunto de tantos pueblos sujetos á una misma dominación! Pablo escribe en griego á los habitantes de Corinto y de Filipos, á la oriental Éfeso lo mismo que á la occidental Roma, á los asiáticos como á los europeos. El amor á las conquistas había producido entre los romanos, en lugar de su severidad primitiva, una grande tolerancia con todos los cultos extranjeros. Generalmente se admitía la doctrina de que los mismos dioses habían ordenado y prescrito diversos cultos, y que por consiguiente estos debían tolerarse recíprocamente, mientras se circunscribiesen al país ó pueblo á que pertenecían. De aquí habían resultado grandísimas ventajas para el sincretismo religioso. La invasión de los cultos extranjeros había no obstante sido tal en Roma, á pesar de la ley vigente que exigía la autorización del Estado, que se renovaron las leyes *circa sacra peregrina*<sup>1</sup>, hasta que al fin el Cristianismo, vencedor del mundo, se manifestó á los romanos en la plenitud de su fuerza y su verdad. ¿Es posible no reconocer la mano de la Providencia en todos esos preparativos, tan favorables al anuncio y propagación del Cristianismo? ¡Con qué júbilo exclamamos con el grande Apóstol: «Dios encerró todas las cosas en incredulidad, para usar con todos de misericordia! ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios é impenetrables sus caminos!»<sup>2</sup>

<sup>1</sup> 327, a. U. c.

<sup>2</sup> Rom. xi, 32, 33.

## PRIMER PERÍODO.

### PRIMERA ÉPOCA.

DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO HASTA CONSTANTINO MAGNO.

(1-313).

DIVIDIDO EN DOS PARTES.

Fuentes. — Trabajos sobre la historia eclesiástica de este período.

I. FUENTES. — Las santas Escrituras, el Nuevo Testamento, todos los Padres de la Iglesia y todos los escritores eclesiásticos de este período: además, *Lumper* (véase mas abajo) en la Bibl. Max. vet. Patr. Lugd. t. II y III: en *Galland*, Bibl. vet. Patr. t. I, II, III y IV. — *J. Ern. Grabe*, Spicileg. SS. Patr. ut et haeretic. saeculi p. Chr. n. I, II y III. Oxon. 1700; nueva edic. Oxon. 1714, 3 t. (Citamos el tomo II segun la ed. de 1699; el tomo I de la nueva ed. II de 1700). *Rhouth*, Reliq. sacrae s. auctor. fere jam perdit. secundum tertium saeculi fragmenta quae supersunt. Los historiadores eclesiásticos *Hegesipo*, *Eusebio*, Cf. § 14. *Ruinart*, Acta prim. martyr. sincera et selecta ed. II, Amst. 1713, ed. *Galura*. Aug. Vind. 1802, 3 tom. in 8. Pasajes aislados de los escritores judíos y paganos, particularmente de *Flav. Josefo*,